

El jurado, presidido por Inés María Losa Lara,
y compuesto por Sergio Vera Valencia, Rosa Ribas,
Jota Linares y Eva Olaya Martín, con Victoria
Bolós Montero como secretaria, concedió por
unanimidad a *Al otro lado del velo*,
de Luis Miguel Sánchez Tostado, el XXVI Premio
Francisco García Pavón de novela policíaca,
convocado por el Ayuntamiento de Tomelloso.

Este libro ha sido patrocinado por
el Ayuntamiento de Tomelloso.



TOMELLOSO
AYUNTAMIENTO

«La vida es infinitamente más extraña que cualquier cosa
que la mente del hombre pueda inventar».

Sir Arthur Conan Doyle

«Mi mente es la llave que me libera».

Harry Houdini

NOTA DEL AUTOR

¿Murió el Gran Houdini de apendicitis o fue la tapadera para ocultar su asesinato? ¿Por qué se quiso implicar a sir Arthur Conan Doyle? ¿Son los espiritistas una secta de embaucadores o los herederos de la Tercera Revelación donde entes incorpóreos preparan nuestro tránsito al más allá? ¿Supo Conan Doyle quién fue Jack el Destripador? ¿Por qué su creador odiaba a Sherlock Holmes?

La literatura británica situó a sus autores entre los de mayor éxito de ventas en el mundo. Ahí están para probarlo William Shakespeare, Daniel Defoe, Jane Austen, Charles Dickens, Lewis Carroll, J. R. R. Tolkien, Rudyard Kipling, Oscar Wilde, Virginia Woolf, Agatha Christie, George Orwell o, más recientemente J. K. Rowling. Independientemente de sus estilos narrativos, las obras de estos autores forman parte esencial de la literatura universal y siguen inspirando a generaciones enteras. A este selecto grupo perteneció Conan Doyle, de cuya obra *Las aventuras de Sherlock Holmes*, un compendio de doce relatos, se han vendido más de sesenta millones de copias en todo el mundo.

Arthur Conan Doyle y el ilusionista Harry Houdini fueron celebridades muy influyentes en su tiempo, y ambos, pese a sus orígenes humildes, alcanzaron la cima del éxito gracias a su enorme talento. Houdini asombró al mundo con sus prodigiosos escapes y sus desafíos imposibles. No pocos estaban convencidos de sus poderes sobrenaturales. Conan Doyle, por su parte, se convirtió en uno de los literatos mejor pagados de su generación e hizo fortuna con la saga del famoso inquilino del 221B de

Baker Street. Mago y escritor entablaron una gran amistad, sin embargo, el espiritismo de Doyle chocó con el escepticismo del ilusionista y con sus campañas contra médiums y videntes, hasta el punto de aborrecerse mutuamente y entablar una virulenta batalla mediática que tuvo una amplia repercusión.

Pese a sus amargos desencuentros, la inesperada muerte del escapista el 31 de octubre de 1926 sacudirá la conciencia del autor británico quien, ya anciano, en plena decadencia literaria y denostado por la crítica ante su ingenua obcecación espiritista, viajará a Nueva York, donde retomará el viejo método deductivo de Holmes que le conducirá a descubrir la verdad en torno a la muerte de su antiguo amigo.

Aunque el propósito de esta novela no es ser fiel, al pie de la letra, a la verdad histórica, sí pretende serlo con las biografías de los protagonistas, ya que buena parte de los acontecimientos narrados están inspirados en hechos reales. Otros, en cambio, aun siendo especulativos, tal vez no anden lejos de lo verosímil, pues todavía persisten interrogantes sobre las circunstancias que rodearon el final del legendario escapista y su enigmática doble vida.

La historia se desarrolla en los seis años que median desde que se forja la amistad entre Houdini y Doyle, en 1920, hasta la muerte del mago, si bien los frecuentes *flashbacks* nos conducirán a tiempos pretéritos y a situaciones futuras narradas en tercera persona por Alfred Herbert Wood, el secretario personal de Conan Doyle.

Un reto fascinante ha sido conjugar el aporte histórico-biográfico procedente de la vida real de ambos personajes, ambientados con precisión en el tiempo y en el espacio, con la intriga inquietante del *thriller*, y la especial singularidad de que será el propio autor de Sherlock Holmes, no su detective de ficción, quien tratará de resolver la misteriosa muerte de Houdini,

cuya verdadera causa, transcurrido casi un siglo, todavía es un enigma.

Durante el siglo XIX y principios del XX, el movimiento espiritista tuvo una gran expansión tanto en Europa como en Estados Unidos. El espiritismo se convirtió en una religión alternativa, una suerte de refugio para la élite intelectual, un sistema de creencias de salón que permitía hacer algo hasta entonces anatemizado: discutir sobre el mundo espiritual desde el positivismo. Supuso un desafío a la dicotomía tradicional entre el racionalismo de la Ilustración y las religiones, concibiendo la reencarnación como un camino de perfección y progreso. Sus avanzados planteamientos para la época irían parejos a los avances de la ciencia y la industria. Allan Kardec, principal referente ideológico, abogaba por la reforma social; los grupos espíritas luchaban por la igualdad, y las mujeres médiums, que eran mayoría, desafiaron los roles de género gozando de mayor protagonismo en aquella sociedad patriarcal. El fenómeno se hizo popular, sobre todo tras la Primera Guerra Mundial y la pandemia de 1918, porque los médiums, a través de sus místicas epifanías con el más allá, ofrecían consuelo en épocas donde la muerte bajaba a la tierra a vendimiar. Respondían a viejas cuestiones espirituales, partiendo de un moderno planteamiento compatible con la ciencia, al menos en apariencia. Pero los casos de fraude abundaban y muchos médiums, sabedores de su ascendencia sobre las personas más sugestionables —que no eran necesariamente las menos instruidas—, adquirieron el rol manipulativo tradicional de los gurús y los clérigos. Concedores de que la ciencia no responde a cuestiones metafísicas, médiums, sacerdotes, astrólogos, echadores de cartas, consultores de cenizas, magos, adivinos y charlatanes en general, a cambio de alcanzar mejor vida, buscaban la mediación con lo trascendente para captar adeptos, condicionar decisiones y hacerse con

notoriedad y fortuna. La implantación de nuevas técnicas adivinatorias, pero, sobre todo, la lacra del fraude de los fenómenos paranormales y la determinación del espiritismo como pseudociencia, por no cumplir los requisitos básicos de la metodología científica, fueron determinantes para que el fenómeno se desinflara a mediados del siglo xx.

Al otro lado del velo es una apasionante historia de detectives que va más allá de la tradicional novela-problema. En el propósito de la obra está jugar con la capacidad deductiva de un lector, que se adentrará en las intrigas de la trama de una forma distinta: desde las sombras de la decadencia de personajes reales, y la descarnada pugna entre el razonamiento racionalista, no siempre infalible, y la trascendencia espiritual, consecuencia inevitable de nuestra resistencia a morir sin más, de ser tan frágiles y finitos. La necesidad, en definitiva, de aferrarnos a lo eterno.

Luis Miguel Sánchez Tostado
Jaén, 7 de julio de 2024

I
UNA SILLA PARA SIR ARTHUR

Londres, 7 de julio de 1930

Al ocaso, con el púrpura menguante sobre la campiña de Sussex, pidió que lo levantaran de la cama y lo sentaran junto al ventanal. A lo lejos, una tormenta eléctrica cabalgaba hacia el horizonte encendiendo mantos de luz entre las nubes. Guiado por el presagio de los pájaros en vuelo, barrió con la mirada la rosaleda de Windlesham Manor y se detuvo, como ausente, en los dedos finísimos y transparentes de la lluvia sobre los cristales. Tal vez evocó los días soleados de su infancia, en los que nada se había fracturado aún. Antes de que el mundo se deshiciera como una acuarela bajo el agua, de que sus recuerdos se extinguieran como los bordes de un cuadro inacabado, buscó la mano de su amada. «Mi querida Jean...», siseó. Fue como si respirase la palabra en vez de pronunciarla. La esposa se aferró a su brazo enteco. «Eres maravillosa», le dio tiempo a musitar en el misterioso interregno que separa la vida de la muerte. Le siguió una sibilancia de voces llorosas.

El corazón de sir Arthur Conan Doyle dejó de latir a los 71 años. A decir de muchos, fue en aquel preciso instante, con tres décadas de retraso, cuando terminó la era victoriana. El día 13 de julio, a menos de una semana del finamiento de sir Arthur, diez mil personas asistieron al Royal Albert Hall de Londres con la esperanza de recibir el mensaje prometido desde el más allá.

Su ausencia pendía sobre todos como una opresora sombra.

Sir Arthur había sido deportista, aventurero, periodista, corresponsal de guerra, político, médico y uno de los literatos que menos murió al morir. Fue, sin duda, el escritor más leído y mejor pagado de su tiempo, conocido mundialmente como el creador de Sherlock Holmes, el detective que desató el furor de los lectores con su fina intuición para resolver intrincados crímenes. Los nostálgicos de la sociedad victoriana, la que ponderó en cada británico la arrogancia del Imperio y de la que sir Arthur fue uno de sus máximos valedores, aún seguían afectados por su irreparable pérdida. ¿O no fue del todo irreparable? Digo esto porque Doyle, que había sido un acérrimo defensor de la doctrina espírita y el esoterismo, que llegó a convertirse en un reconocido profeta del *mensaje vital*, que recorrió medio mundo divulgando la *nueva revelación*, prometió en vida regresar portando mensajes del otro lado.

Damas encopetadas y bigotudos caballeros de bombín acudieron intrigados a lo que prometía ser la constatación de cuanto, en vida, divulgó el autor escocés: la existencia de una dimensión de tránsito en la que vagan espíritus que aún no tuvieron acceso al empíreo divino, por lo que pueden comunicarse con nosotros. Algunas damas impresionables se llevaron la mano a la boca cuando vieron en el entarimado una silla para sir Arthur con su nombre escrito.

Los bloques de terracota del Royal Albert Hall, nuestro más emblemático teatro, han acogido desde 1871 a los mejores actores y a los más consagrados artistas. Pocas veces el acero forjado de sus vitrales vibró tan alto al albergar tan numerosa multitud como en la sesión organizada por la Asociación Espiritista Marylebone. Junto a la silla vacía, la triste viuda del escritor permanecía acompañada de sus hijos Denis, Adrian y Lena. También Mary, primogénita de sir Arthur, de su primer matrimonio, asistía sin saber muy bien si se encontraría con algún mensaje

de su padre o de su madre, Lousie Hawkins, a quien la tuberculosis quitó la vida en 1906.

Cuando se apagaron las luces, el silencio y la expectación se hicieron dueños del patio de butacas. Estelle Roberts, la médium favorita del escritor, subió al escenario y evocó su recuerdo con sentimiento. Tras los himnos y las lecturas sagradas, Estelle convocó su presencia una y otra vez hasta que pareció caer en trance. Con palabras guturales, casi ininteligibles, musitó nombres y describió a los espíritus que visualizaba, tratando de identificar entre ellos a su antiguo amigo. Una intensa presencia parecía flotar en el aire. Cuando el público se removía y los más impacientes abandonaban sus butacas, la médium gritó:

—¡Aquí está! ¡Lo veo, lo estoy viendo! Su tránsito ha sido apacible.

Un escalofrío estremeció a los circunstantes y se oyeron algunos gritos ahogados. Algo rígida, Estelle se levantó de la silla y, como un autómatas, dio unos pasos hasta Jean quien, emocionada, a duras penas contuvo las lágrimas.

—Tengo un mensaje de su esposo. Dice que alguien de la familia entró esta mañana en la cabaña de Crowborough. ¿Es eso cierto?

Entre lágrimas, la viuda asintió.

—He sido yo. ¿Puede preguntarle si sabe por qué lo hice?

Estelle respiró profundamente y le sostuvo la mirada. Se aproximó aún más a Jean y le cogió la mano. Su voz tonante adquirió una inquietante gravedad.

—Dile a Mary que...

En ese momento, como si la ocasión estuviera medida, el organista interpretó los acordes del himno espiritista, lo que impidió que se oyera la voz de la médium, que tuvo que transmitir a Jean el mensaje al oído.

Se desataron murmullos, seguidos del revuelo de un público

dividido entre espiritistas seguidores de Conan Doyle que batían palmas y lanzaban vítores, y contrariados detractores que abandonaron el edificio sin haber presenciado el esperado discurso de sir Arthur desde el más allá.

La viuda, a la que minutos antes se veía perdida en el desconsuelo, salió junto a sus hijos más calmada, con una expresión plácida. Jamás reveló el contenido del mensaje que le transmitió la médium, pero declaró a la revista *Time*: «Aunque no he hablado con Arthur desde que falleció, estoy segura de que nos enviará un mensaje, eso sí, a su debido tiempo y a su manera».

Cuatro años más tarde, el 28 de abril de 1934, se organizó una nueva sesión espiritista en The Aeolian Hall de Londres, en la populosa New Bond Street. Más de medio millar de espiritistas asistieron a una sesión en la que el médium letón Noah Zerdin contactó con unos cuarenta entes espirituales. En aquella ocasión, se aseguraron de grabar las voces de los muertos en veintiséis discos de acetato. En la penumbra, Zerdin entró en trance y, entre los espíritus contactados, al fin apareció el del añorado Conan Doyle. Sobrecogidos, los asistentes pudieron escuchar al difunto escritor escocés en una entrecortada y espeluznante psicofonía de cincuenta segundos. El fonógrafo registró sus palabras para la posteridad:

Dios... gracias a Dios... la gran ayuda divina a cada cualidad... y también cuida de mis hijos y mi buena esposa Jean... Dios ayude a nuestro movimiento hacia adelante, más allá... El adelante... y adelante es el deseo de Arthur Conan Doyle

Tan insólito documento sonoro fue impreso en vinilo por The Gramophone Company y la voz fue comparada con el discurso que sir Arthur había grabado en el Small Queen's Hall de Londres el 14 de mayo de 1930. Las voces eran similares y muchos se

marcharon convencidos de que habían sido testigos del primer mensaje del espíritu de sir Arthur Conan Doyle.

Me asaltó la duda de si Doyle grabó en vida aquel mensaje para fortalecer el movimiento espiritista tras su muerte o si se trató de un simple montaje. El caso es que, aún en su obcecación espiritista en los atardecidos de su vejez, sir Arthur mantuvo hasta el final su honestidad, por lo que deduje que se trataba de un simple imitador conchabado con el médium.

Mi nombre es Alfred Herbert Wood, aunque pueden llamarme Woodie, como con afecto hacía sir Arthur, a quien serví durante más de treinta años. Nos conocimos en Portsmouth, donde abrió una consulta médica. En aquella base naval de la costa sur de Inglaterra se forjó nuestra amistad, en torno al deporte, porque —aunque yo era más joven— ambos compartimos equipo de críquet, el Hampshire Rovers. También coincidimos en la francmasonería, no solo por el librepensamiento y la filantropía de la orden secreta, sino por compartir peto fraternal con influentes celebridades del mundo de la política y las artes.

Arthur tenía 26 años cuando contrajo matrimonio con Touie, sobrenombre de Louise Hawkins, hermana de uno de sus pacientes, con la que tuvo dos hijos: Mary Louise y Kingsley. El hijo se fue con Dios en 1918, cuando servía a su país en la Gran Guerra, suceso por el que su padre se volcó con más ahínco en el espiritismo, llegando a convencerse de que Kingsley le hablaba desde el otro lado.

Aunque Doyle se especializó en Oftalmología, pronto descubrió que la literatura era su verdadera pasión y, en cuanto despuntaron sus primeras obras, abandonó la consulta médica para dedicarse por completo a las letras. Al principio, las entregas de Sherlock Holmes tuvieron una modesta acogida. Su gran oportunidad llegó el 30 de agosto de 1889, cuando Joseph Marshall Stoddart, editor de *Lippincott's Monthly Magazine*, con sede

en Filadelfia, convocó en el lujoso hotel Langham de Londres a Oscar Wilde, por entonces un autor consagrado, y a Arthur Conan Doyle, a los que hizo una tentadora oferta. De aquella cena salió el compromiso de publicación de las dos novelas más importantes de finales del XIX: *El retrato de Dorian Gray*, de Wilde, y *El signo de los cuatro*, de Doyle, segunda de las cuatro novelas protagonizadas por Holmes, que se convertiría en el famoso inquilino del 221B de Baker Street y que haría rico a mi patrón.

Tal fue la acogida de Sherlock Holmes que sus obras se representaron en teatro y llegó a enamorar al celuloide, tanto al cine mudo como al sonoro. Muy pronto, sir Arthur se consagró como escritor de éxito y se convirtió en una personalidad influyente aclamada por la crítica. No obstante, desarrolló contra Sherlock una profunda aversión por razones que más adelante comentaré.

Creo que fue en 1900 o en 1901, cuando Arthur me sorprendió con una propuesta inesperada. Los detalles precisos de la conversación ahora no me vienen al recuerdo porque la memoria es un amigo del que más vale no fiarse, y más a mi edad. El caso es que estaba desbordado de trabajo y necesitaba un secretario de confianza que atendiera la correspondencia, gestionara su agenda y supervisara los negocios en sus frecuentes ausencias. Funciones que más tarde se ampliaron a corrector de textos y a consultor de los casos que tuvo a bien compartir conmigo, incluso en noches de tabaco y tertulia sin minuterero sobre temas literarios, a la luz argentina de la luna. Y no es casual, según las descripciones físicas del doctor Watson: complexión fuerte, mandíbula cuadrada, grueso bigote, veterano de guerra, inteligente sin ser brillante y entusiasta del deporte, que no pocos exégetas de la popular saga hayan visto en este servidor la matriz con la que sir Arthur modeló la personalidad del ayudante de Sherlock Holmes. Pese a la evidencia, jamás me lo refirió.

En cuanto a la oferta, no pude negarme. A fin de cuentas yo era joven, soltero y sin más compromiso que mis alumnos en la Grammar School. Doyle precisaba un experto en Gramática para la correspondencia y la revisión de sus textos, pero estoy convencido de que fueron mis hábitos refinados, mi pasión por el críquet y el golf y mi intensa actividad social lo que determinó su oferta. Tal vez se vio reflejado en mí, como si mi vida hubiera sido la que a él le hubiera gustado gozar durante su sacrificada juventud. Pertenecer al elitista Royal Albert Yacht Club, participar en sus regatas, ser miembro del Marylebone Cricket Club, haber jugado con los Hampshire Rovers, además de ser francmasón en la Logia de Phoenix n.º 257, de la que fui Venerable Maestro, junto a mi compromiso con el Gran Capítulo Provincial de Hants fueron sin duda aspectos determinantes para su elección.

Así pues, renuncié a mi plaza en la Portsmouth Grammar School y me marché decidido a servirle con lealtad, labor que desarrollé cuanto mejor supe hasta el otoño de 1930, cuando el gran Arthur Conan Doyle pasó a mejor vida. Imaginé que aceptar la secretaría de uno de los personajes más reconocidos y controvertidos del Reino Unido habría de conducirme a innumerables experiencias, algunas verdaderamente insólitas, sobre todo en los últimos años de su errática decadencia. Y así fue.

Ahora, regresemos al principio de esta historia, cuando el estudio del crimen formaba parte sustancial de la vida de Doyle, antes de que el espiritismo lo arrasara todo.